

ESTUDIAR LITERATURA O LA SISTEMATIZACIÓN DEL VICIO IMPUNE¹

Victor Barrera Enderle*

Para Ana

LOS ANTIGUOS MANUALES DE ORATORIA denunciaban como una descortesía iniciar una charla con un cuestionamiento, yo cometeré esa infracción y espero que puedan disculparme, pero el motivo que hoy nos convoca, un congreso de estudiantes de letras, lo justifica. Así, abro los signos de interrogación y principio a reflexionar en torno a una pregunta que nos ronda, nos ha rondado desde tiempos inmemoriales; a veces la contestamos con una indeterminación, otras veces nuestra respuesta es la prolongación de una duda, que sólo crece con el tiempo. *¿Por qué estudiar literatura?* Al menos una vez la hemos escuchado, ¿no es verdad? Varias veces, también, nos hemos interrogado a nosotros mismos: ¿por qué *estudiamos* literatura? Entre la primera pregunta y la segunda hay, sin embargo, una distancia considerable. La primera viene de fuera, de nuestro entorno, es una inquisición social, está vinculada a las

¹ Conferencia magistral presentada en el XIII Congreso Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura, realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL en marzo de 2015.

*Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

demandas de productividad de la era moderna y se sustenta en tablas y estadísticas. Tenemos que ser productivos, estudiar algo que nos garantice cierta comodidad y un estatus de vida aceptable según los parámetros de las sociedades occidentales.

Con todo, ese primer interrogatorio, el público, no es nuevo, viene desde la antigüedad; basta recordar aquí la persecución que padece el rapsoda griego Ion, en el diálogo platónico sobre la poesía, por parte de Sócrates para saber por qué es experto en la obra de Homero y no en la de otros poetas: “¿Por qué razón –pregunta el ágrafo Sócrates- estás versado en las obras de Homero y no lo estás en las de Hesíodo ni en los demás poetas?” Sócrates es puntilloso y continúa, desea saber algo más: ¿existe o no una *tecné* poética? Y si existe esa técnica, ésta debe ser transmitida a través de la enseñanza, es decir, tendría que participar de la organización estratificada de la república ideal soñada por Platón: de lo contrario su importancia será nula o incluso contradictorio y nociva: “no podrás rehusarme el demostrar tu ciencia”,² le sentencia enfático el gran filósofo ágrafo.

La respuesta de Ion, muy parecida a la de muchos de nosotros, es la incertidumbre, el desconocimiento. Sabe lo que sabe, pero no puede explicarlo en los términos que Sócrates le demanda. Me explico: no puede organizar su discurso con base en las premisas platónicas porque éstas reniegan del carácter ficcional de las obras poéticas y exigen la rentabilidad de lo concreto, de lo medible y aplicable. Estamos ante la primera escisión entre las formas rígidas del saber (o que pretendían poseer tal rigidez) y la indeterminación del discurso literario (tanto crítico como creativo). Sorprende que a lo largo de más de dos milenios esta indagación policial continúe. Hay, sin embargo, razones “de peso” para ello: el peligro de la verosimilitud, de esa condición de aparente verdad (o verdad sospechosa, como la llamaba Alfonso Reyes) de lo literario: ficción que se acerca peligrosamente a la realidad y la *interviene* de una manera contundente: a través de la posibilidad.

² Platón: “Ion o de la poesía”, en *Diálogos*, estudio preliminar de Francisco Larroyo, México: Editorial Porrúa, Col. “Sepan Cuantos...”, núm. 13, 1991, p. 91.

La censura y la expurgación han sido prácticas comunes en el campo de las letras y las artes, pero también en los estudios literarios. J. M. Cotzee señala no sólo que “la censura es un fenómeno que pertenece a la vida pública”, sino que la afecta de diversas maneras y habría que especificar sus tipos, pues “del mismo modo que hay una diferencia enorme entre las ideas subversivas y las representaciones moralmente repugnantes (por no hablar de las expresiones blasfemas), en teoría debería existir una gran diferencia entre la censura ejercida para supervisar los medios de comunicación y la censura que vigila las artes. En la práctica, sin embargo, los censores que controlan los límites de la política y de la estética son los mismos.”³

Porque la lectura en los espacios de instrucción “debe” ser controlada en cierta medida. La búsqueda, por ejemplo, del sentido único: el famoso *significado*, lo que quería decir tal o cual obra, fue el objetivo principal de la enseñanza de la literatura durante mucho tiempo; pero incluso hoy se persigue la concreción de una interpretación que sorprenda por el manejo del instrumental teórico y que se convierta en una *orientación*, una forma privilegiada (al menos por un momento, mientras duran los quince minutos de “fama” de tal o cual tendencia interpretativa) de leer cierto tipos de textos. De nuevo: la ilusión de poseer una *tecné* y de presumir una ciencia.

Eso en cuanto al cuestionamiento público. Pasemos ahora a la otra parte del cuestionamiento original. La segunda inquisición, la auto-pregunta (¿por qué estudiamos literatura?), tiene que ver, en apariencia, con nuestra vocación, aunque tampoco sea fácil de contestarla (finalmente: ¿qué es la vocación?, ¿una inclinación natural hacia algo o la consecuencia de una práctica específica?, ¿o es un vicio que tratamos de legitimar en términos propios de la llamada alta cultura?). Supongo que cada uno de nosotros tendrá una respuesta peculiar: unos esgrimirán el gusto por leer, otros apelarán al deseo de ser escritores, los menos afirmarán que querrán

³ J. M. Cotzee: *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión por silenciar*, traducción de Ricard Martínez i Muntada, Barcelona: Debate, 2007, p. 9.

ser profesores en la enseñanza media superior, y así infinitamente...

Dejemos, por un momento, las anécdotas personales, ya volveremos a ellas más adelante, y pensemos en lo que implica estudiar literatura en un país como éste y en un momento como el actual. Más allá de la cuestión laboral (importante, sin duda), estoy pensando en una suerte de desafío cultural, que nos coloca en el vértice del mundo académico, cada vez más restringido y controlado política y económicamente por organismos exógenos, y los espacios públicos por donde circulan o circulaban los discursos que solíamos denominar como literarios. En tal situación, la pregunta de marras cobra nueva relevancia. ¿Por qué estudiamos literatura ahora? En aras de dar con una contestación posible, voy a dividir en dos partes mi búsqueda para terminar aterrizando en el concreto acto de la lectura, pues creo que en esta indagación estamos pisando dos territorios diferentes. Primero el de la educación: el estudio es, nos dicen hasta el cansancio, la herramienta que nos garantizaría un cambio en nuestras vidas. La otra parte es más difusa: la literatura (y sus múltiples y cambiantes definiciones). Y al final retomaré la condición de lector (de lector enciado) como posibilidad.

Vayamos a la primera parte. La educación profesional se ha transformado en los últimos años, eso es cosa sabida. La misma noción de *universidad* ha reducido su espectro: de lo universal (pues tal es la genealogía de universidad: el estudio del universo como unidad) a lo concreto, a las demandas del presente. De las profesiones liberales a las técnicas, y de las técnicas a las virtuales. El humanismo, antigua plataforma donde se ubicaban los estudios literarios, padece, según muchos de los actuales analistas, una crisis no sólo constitutiva sino administrativa: no hay espacio para ella en los nuevos planes de enseñanza tecnocratizada.

Esto, sin embargo, no es nuevo, la tendencia a cientificizar todas las formas de conocimiento organizado tiene varios siglos dando vueltas. Ya Maquiavelo aconsejaba a su príncipe que debía utilizar todas herramientas a su alcance, sean lícitas o lícitas, para controlar y someter a sus gobernados, entre esas herramientas estaban, por supuesto, el conocimiento y la tecnología. El saber al servicio del poderoso.

Existe ahora en el ámbito académico una sobre producción de discursos que “deben” ser organizados y jerarquizados. En el área de humanidades esto conlleva la implantación de medidas regulatorias tomadas del campo de las ciencias, como la escritura de *papers* en lugar de ensayos, (y cuya esencia sería la superación de lo antiguo por lo nuevo). ¿Cómo se organizan ahora los discursos sobre la literatura en las facultades y colegios de letras? ¿Cómo se evalúan y certifican? El académico chileno José Santos Herceg explica esta tendencia organizativa como una respuesta al miedo provocado por el desbordamiento del saber (la “logofobia” que denunciaba Foucault en su *Arqueología del saber*), y que ha impuesto una “determinada idea acerca de lo que es el ‘saber’ en el ámbito de las humanidades, dicha concepción va respaldada, fortificada, si se quiere, por una cierta institucionalidad que exige una organización desde donde se impone una determinada administración de los discursos.” Y cuya expresión sería el *paper*: “una forma de controlar la peligrosidad del discurso de las humanidades en general, de dominar su proliferación, de organizar su incontrolabilidad mediante prohibiciones, barreras, límites y reglas.”⁴

Esa organización de la escritura es sobre todo un esfuerzo por regular nuestra manera de leer literatura, y aquí paso al segundo punto.

Los estudios literarios, tal como los entendemos hoy, son cosa reciente, nacieron de la mano de la modernidad y no fue sino hasta hace muy poco que adquirieron la categoría de profesionales. Por supuesto, la filología y la retórica eran materias antiguas, enseñadas en las primeras universidades europeas, pero sus alcances difícilmente sobrepasaban los muros de los claustros académicos. Las primeras cátedras de literatura datan de la década de 1840, en Francia, es decir, casi al mismo tiempo en que Augusto Comte proclamaba a los cuatro vientos la supremacía del positivismo como modo de conocimiento superior. Hipólito Taine, en sus primeras lecciones sobre los estudios artísticos, dictadas en la mitad del siglo

⁴ José Santos Herceg: “La tiranía del *Paper*. Imposición institucional de un tipo de discurso.” En *Revista Chilena de Literatura*, noviembre, 2012, núm. 82, p. 201.

XIX, ya apuntaban hacia ese ordenamiento cuando afirmaba: “Ni siquiera el artista, considerado conjuntamente con la obra total que ha producido, se halla aislado. Existe un conjunto en el que él también está comprometido, un conjunto mayor que él mismo; la escuela o familia de artistas, del mismo país y del mismo tiempo a que él pertenece.”⁵

Pongamos por caso que Taine tiene razón y que la literatura puede ser aprehendida y enseñada, entonces estaríamos ante un inminente problema metodológico: ¿cómo enseñarla? Y más aún: ¿cuál sería la fórmula que contuviera el secreto de lo literario? Y de existir: ¿tendría validez universal? Cuando cursaba la materia de teoría literaria me hacía estas preguntas y las dudas comenzaban a saltar por todas partes; pronto caí en la cuenta de que nos estábamos enfrentando con una suerte de aporía y que seguíamos de frente hacia un callejón sin salida. Era un esfuerzo por congeniar lo particular con lo universal, lo propio con lo ajeno. Pero sobre todo era un ejercicio de legitimación, de autorización y, en última instancia, de autoridad.

Pensemos un momento en las implicaciones de esta tendencia: la certificación de las carreras de letras y su paulatina adecuación a las “demandas” más urgentes: ¿acaso no estamos ante una nueva petición de cuentas, un nuevo interrogatorio platónico? Dicha tendencia persigue un fin y se reduce a un planteamiento estratégico: cómo puede aportar esta profesión a las dinámicas laborales del presente. La solución, desde esta perspectiva, parece muy simple: sólo mediante productos comprobables. Es entonces cuando pasamos del aprendizaje a las habilidades adquiridas: ¿qué podemos hacer con lo que aprendemos? El problema es que no mucho. Irónicamente, esta apuesta por las habilidades reduce el espacio para las innovaciones, o mejor dicho, para las transformaciones, pues ya se sabe lo que se espera de cada uno de nosotros: cumplir una función, reproducir una forma de discurso, dosificarlo, medirlo

⁵ Hipólito Taine: *Filosofía del arte*, prólogo de Raymond Dumay, México: Editorial Porrúa, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 647, 1994, p. 4.

y regularlo según normas previamente establecidas.

Ahora bien, como todas las formas de control, están medidas no son totalizadoras y al final dependeremos de nuestras propias capacidades críticas. Con lo dicho hasta aquí, parecería que estudiar literatura es una suerte de contradicción en sí misma. No lo es. En el título hablé de sistematización y, bien lo sé, esa palabra se encuentra fuertemente ligada al estructuralismo, pero no es exclusiva de él. Apelo a una sistematización variable (y personal): a ciertos mecanismos que no son ni tienen porque ser fijos. Y con ello doy paso a la última parte: a la lectura como actividad concreta (o viciada).

Desde el desarrollo de la lectura como vía de aprendizaje, la posibilidad de la heterodoxia ha estado latente. Séneca, en sus *Cartas a Lucilio*, se ocupaba, por ejemplo, de la sistematización de las lecturas y le recomendaba a su amigo y discípulo que no se empalagara con el desorden de obras y autores; hay que mantenerse firme y morar en sí, decía, pues es inconveniente que “la lectura de muchos autores y de toda clase de obras denote en ti una cierta fluctuación e inestabilidad. Es conveniente ocuparse y nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma. No está en ningún lugar quien está en todas partes”, argüía recurriendo inmediatamente a símiles corporales o botánicos: el cuerpo no puede aliviarse si le cambian incesantemente las medicinas, ni una planta puede arraigar si la mueven de lugar constantemente, así que “Disipa la multitud de libros; por ello, si no puedes leer cuantos tuvieres a mano, basta con tener cuantos puedas leer. ‘Pero’, argüirás, ‘es que ahora quiero ojear este libro, luego aquel otro’. Es propio de estómago hastiado degustar muchos manjares, que cuando son variados y diversos indigestan y no alimentan. Así, pues, lee siempre autores reconocidos y, si en alguna ocasión te agradare recurrir a otros, vuelve luego los primeros.”⁶ Hay en esta sentencia una contraparte, Séneca sabe del riesgo: la

⁶ Séneca: *Tratados filosóficos. Cartas*, estudio preliminar de Francisco Montes de Oca, México: Editorial Porrúa, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 281.

lectura puede desbordarse, salirse del cauce preconcebido y llevarnos a territorios ignotos. Y es precisamente esa posibilidad agreste la que interesa explorar aquí.

Valery Larbaud, ese excéntrico polígrafo francés, llamaba a la lectura el vicio impune, esta definición me parece maravillosa por varios motivos. El primero porque revela que la lectura es algo más que una ordenada y controlada forma de aprendizaje. Entre las múltiples y negativas acepciones que el diccionario de la Real Academia le otorga a la palabra *vicio* me quedo con dos: 1) “Gusto especial o demasiado apetito de una cosa, que incita a usarla frecuentemente y con exceso”, y 2) “Licencia o libertad excesiva en la crianza”. El segundo motivo me interesa en particular porque eso nos permite entrar y salir de los parámetros de los estudios literarios: el vicio se vincula fuertemente con la noción de gusto, y el gusto es un elemento fundamental a la hora de argumentar juicios críticos. No andamos en pos de la verdad, sino de la intuición, de lo que creemos que precariamente se acerca a lo literario.

La palabra vicio revela también la condición herética de la lectura, además de las contradicciones de los discursos oficiales. Es lugar común escuchar sobre las bondades de la lectura en programas culturales tanto de corte privados como públicos; resuenan en nuestros oídos las ingeniosas frases, pergeñadas por academias de publicidad, que recomiendan la dedicación de cierto tiempo del día para leer. Pero si llevamos a cabo esa práctica, si dedicamos nuestro tiempo y esfuerzo a la lectura y nos abocamos a ella, comienzan las sospechas: los padres recriminan a sus hijos porque no “están haciendo nada provechoso”, en los trabajos la situación es peor aún, quien sea sorprendido absorto en un libro o revista puede perder su empleo, la lectura en los espacios públicos también es vista con sospecha. La lectura es un vicio porque desestabiliza las políticas reguladoras de las conductas en los espacios públicos.

¿Qué puedo decir finalmente sobre el vicio de la lectura? Y con esto me estoy cuestionando de nuevo la elección de mi profesión: un modesto y anacrónico esfuerzo por ayudar a Ion a dar con una respuesta para Sócrates. Comenzare diciendo que detrás de lo que

he venido diciendo hasta ahora subyace el tema central y que hasta este momento se ha aclarado ante mí. Me refiero a la experiencia de la lectura. Un tópico que parece simple, casi todos tenemos, como hemos visto, alguna relación con ella, incluso quienes crecieron en hogares sin libros. Si reparamos un poco más en esta idea, sin embargo, veremos que surgen infinidad de variantes, diversas coyunturas que envuelven el proceso de la lectura y la construcción de eso que llamamos experiencia. Es preciso añadir, como lo hice hace un momento, que de un tiempo a esta parte, la lectura parece ocupar un lugar preponderante en los asuntos públicos y en los contenidos de los medios masivos de comunicación; aunque, bien mirado, ese interés se queda, la mayoría de las veces, sólo en la falsa perorata, en la tibia justificación de algunas políticas culturales fabricadas con celeridad -literalmente: al vapor- y sin ningún tipo de mediación crítica. Supongo que muchos de ustedes habrán visto los carteles en los paraderos de autobuses o en las estaciones del metro donde, una asociación empresarial, recomienda veinte minutos diarios de lectura. Leer es bueno, asumen –o presumen–, pero nada dicen de los modos de hacerlo ni de los contenidos. ¿Cómo leer y qué leer? ¿Dónde y por qué hacerlo? Y tal vez la contradicción reside en el hecho de que a pesar de que la lectura es, en cierto sentido, un vínculo directo con lo público (léase lo histórico, lo estético, lo religioso y lo político) y el cimiento de casi cualquier proceso constitutivo o pedagógico, en realidad significa una actividad individual y personal, una sutil manera de darle la espalda al presente y su supuesta inmanencia. En ese breve distanciamiento reside buena parte de la formación de nuestro criterio, pero también una parte sustancial de nuestra biografía, de nuestra educación sentimental y letrada. Es el momento en que nos perdemos del mundo y nos configuramos o reconfiguramos simbólicamente para regresar él de manera diferente.

Hablaré brevemente de mi experiencia en el ámbito de la lectura con la intención de tratar de reconstruir algo más que mi propia lista de títulos y autores; pretendo restituir una parte, seguramente pequeña, del registro difuso de conductas lectoras que rigieron en

mi generación. Voy intentar separar los diversos ámbitos en donde realizo esta actividad, pues, como sucede con ustedes, la lectura forma parte fundamental de mi trabajo y ocupaciones diarias, y, en buena medida, gracias a ella pago, parafraseando a Machado, la casa donde habito y el lecho donde yago. Me ocuparé, por tanto, de las lecturas formativas, las que, en buena medida, contribuyen a la formación (a la invención) de la identidad individual. Antes, sin embargo, haré una breve digresión sobre la condición histórica del acto de leer, pues como acción representa una práctica materializada en hábitos, en soportes, vinculada a los objetos escritos.

La imagen y el personaje del lector son figuras recientes en la historia de la cultura occidental. Pues si bien la práctica de la lectura es milenaria, su masificación e interiorización comenzaron a darse sólo durante el traslado de la Edad Media al Renacimiento. En el pasado era una actividad pública (se leía en voz alta), vigilada y controlada por organismos administrativos y religiosos. Es famosa la referencia de San Agustín a San Ambrosio, obispo de Milán: la primera persona que el filósofo de Tagaste vio leer en silencio. San Agustín describe lo inquietante de la escena, Ambrosio recorre las páginas en silencio, profundizando en el tema con los ojos y el corazón, dice, y dejando descansar a la voz y a la lengua. La imagen le perturba: qué pasará por la mente de Ambrosio; San Agustín especula varias respuestas, la que más me gusta tiene que ver con la necesidad de apartarse del “tumulto de los asuntos ajenos” y dedicarse a la introspección. Entonces quedó registrado lo que Edward Said llamaría muchísimo tiempo después como “conducta textual”, esto es, la relación especial que establecemos con los textos que leemos y que se manifiesta en la manera en que los utilizamos para interpretar al mundo y resignificar los espacios que habitamos.

La invención de la imprenta disparó una infinidad de posibilidades de lectura. Y sobre todo, la convirtió en una acción personal, aunque su alcance nunca ha sido igual en todas las regiones. Los lectores disidentes y utópicos comenzaron a confrontar las imposiciones de credos y gobiernos. Personajes reales e imaginarios figuran como lectores rebeldes: Moro, Hamlet, Cervantes,

Montaigne, Bacon, Alonso Quijano, madame Bovary.

Durante la era moderna, la lectura fue instrumento de saber, de un saber enciclopédico y con tendencia al orden. Herramienta del discurso científico, del conocimiento positivista. Se consideró al libro como objeto unidimensional, con un saber denotativo y preciso.

El encumbramiento del lector llegó en la década del sesenta, a pesar de que el interés fenomenológico por la lectura había despertado, al menos en Alemania, un par de décadas antes, con la famosa teoría de la recepción. No hace falta recordar la famosa sentencia de Roland Barthes cuando declaró la muerte del autor y el nacimiento del lector: un lector abstracto y con tintes sospechosamente universalistas, o la propaganda a favor del “lector ideal” que unos años después realizó el crítico norteamericano Stanley Fish, con una extraordinaria competencia lingüística, semántica y literaria. Ambos diseñan conductas hegemónicas de lecturas en el justo momento en que la noción de sujeto es puesta en duda.

Así, pues, los que comenzamos a leer a finales de la década del setenta y principios del ochenta, y en la conflictiva y trastocada América Latina (sumida en el autoritarismo y la crisis), nos enfrentamos, sin saberlo entonces, a dos grandes discursos sobre la lectura: uno, que podríamos llamar oficial, o mejor, institucional, nos decía que leer era una herramienta de conocimiento (una manera de reproducir y memorizar la información); el otro, que se movía a nivel más subterráneo pero perceptible ya en buena parte de la literatura contemporánea, sostenía que la lectura era una actividad difusa, relativa, subvertida y creadora.

Mis primeras lecturas tiene con ver con el ámbito familiar, mi padre era un gran lector y tenía una pequeña pero bien surtida biblioteca. Estaban ahí muchas de las enciclopedias y colecciones editoriales que abundaron en las casas de la clase media de América Latina durante los años cincuenta y sesenta. Ahí devoré el “Tesoro de la juventud”, con reportajes, notas de todos los temas y su maravillosa sección de cuentos y poemas; y la “Biblioteca Juvenil” de Grolier, en donde descubrí mis primeros clásicos: *Robinson Crusoe*,

Los viajes de Gulliver, *Los tres mosqueteros*, *Las aventuras de Tom Sayer* y una versión resumida de los *Viajes de Marco Polo*. Había también ediciones infantiles sobre mitología griega, la cual se volvió una obsesión para mí, hasta el grado de aprenderme de memoria la genealogía de los dioses del monte Olimpo. Leí, por aquellos tiempo, todo lo que tenía a mi alcance: revistas e historietas, recuerdo con nostalgia la revista *Duda* con sus historias de Ovnis y su genial sección “Noticiero de lo insólito”, que me parecía alucinante: registraba (o inventaba, más bien) los acontecimientos más extraños del universo. Pero también estaban el infaltable *Libro Vaquero* y el *Condorito*, además de la versión regionmontana de *Mad*. Sin contar las revistas deportivas de béisbol y lucha libre, mal impresas y siempre con títulos rimbombantes.

Fue en la adolescencia, sin embargo, donde las lecturas fueron más definitorias. Entonces leer se convirtió para mí en una actividad significativa, un paliativo ante la realidad que encontraba cada día más absurda, hueca y sin mucho sentido. En los ochenta, el país estaba en bancarrota, la dichosa crisis de Medio Oriente seguía igual de desatada que hoy, la intolerancia era moneda común, y, para colmo, no había televisión por cable ni mucho menos internet. El tráfico subterráneo de libros, discos y videos era fundamental para sobrevivir al tedio. Como todo adolescente que se precie de serlo, yo no tenía ni la menor idea de lo que sería mi vida, sólo sabía las cosas que no me apetecía ser. En ese “mar de confusión” leí con devoción a Camus, a Hesse, a Borges, a Papinni, a Dostoievski, a Chéjov, a Joyce, a Kafka. Amé los antihéroes, las historias sin clímax y sin finales felices, los momentos de incertidumbre, los quiebres en temporales, la renuncia a la narración lineal, la poesía de Whitman, la poesía contracultural de Ginsberg, los ensayos de Emerson, Thoreau y Chesterton, la irreverencia de Henry Miller y de Nabokov, los diarios de Paul Guaguin, la correspondencia de Van Gogh a su hermano Theo. Sentí como propias las desventuras y los desamores de Ana Karenina, Madame Bovary y Charles Swann. Y padecí natural empatía por Bartleby, Sthepen Dedalus, Demian y Harry Haller.

Como se observa con facilidad, mis preferencias tenían que ver con la literatura moderna; tal vez porque me identificaba con esa locura y esa crisis existencial que envolvieron los últimos años del siglo XIX y muy buena parte del XX. ¿Dónde quedaba la esperanza en el progreso? No hacía falta ser devoto de la postmodernidad para darse cuenta de que algo había salido mal. Nuestras naciones latinoamericanas eran una prueba fehaciente de la inadecuación entre el discurso racional del Estado y la realidad múltiple y heterogénea. Y sin duda fue en la lectura, en ese apartamiento de los tumultuosos asuntos mundanos, donde nos percatamos de esta absurda condición.

La carrera de letras fue para mí una manera de ordenar diferentes tipos de lectura, sin priorizar ninguno sobre otro, sino como un repertorio de posibilidades. La tentación de ceder ante tal o cual metodología siempre ha sido grande, sobre todo porque nos ofrece la comodidad de responder automáticamente ante el enfrenamiento con obras y autores, y de paso cumplir con los requisitos para ser evaluado positivamente en nuestro despeño estudiantil o laboral. Y está bien, no voy a cuestionar eso ahora. Sólo una pregunta queda en el aire: ¿cuál es la repercusión de una actividad como está? ¿Cumplir con los requisitos estandarizados nos garantiza la intervención –en nuestro rol de lectores– en eso que conocemos como campo literario? Y aquí debo remarcar una peculiaridad. Al inicio de estas páginas mencioné la necesidad de tener en cuenta el lugar y el momento en que ejercíamos nuestra condición de estudiantes de letras, debo ampliar ahora ese punto.

Todas estas transformaciones que he mencionado en los estudios profesionales de literatura, o al menos la mayoría de ellas, proceden de otras latitudes: de universidades y cuerpos académicos instalados en dinámicas muy distintas, con otro tipo de presupuestos y de funciones por desempeñar. El ámbito académico, tanto en Europa como en Estados Unidos, posee sus canales de difusión y de legitimación (no digo que no enfrenten riesgos y retos, sólo apunto que éstos son de otra índole). En nuestro caso, el mexicano, debemos añadir a la ya referida crisis de las humanidades, la distancia que ha

existido entre los que podríamos definir como crítica académica y crítica pública. La modernidad de la literatura mexicana se dio en los espacios de esta última. La prensa no sólo fue el campo de cultivo del modernismo, también fue el espacio de la profesionalización de la crítica literaria. Los juicios, las clasificaciones, las valorizaciones se llevaron a cabo en suplementos y revistas antes que en las aulas universitarias.

La primera cátedra de literatura mexicana surgió en la Escuela de Altos Estudios (creada por el Ateneo de la Juventud) en 1912; las lecciones de Alfonso Reyes sobre la teoría literaria (germen de su libro *El Deslinde*) datan de la primera mitad de la década del cuarenta. Tesis, investigaciones y doctorados llegaron tiempo después. Con todo, la repercusión de la crítica académica en el campo literario mexicano ha sido menor. El gran abismo que separa a estos dos modos de conocimiento es la ausencia de lectores, o mejor dicho: el poco peso que como lectores tenemos en estos procesos. Y como la lectura, a pesar de que se ejerce en la privacidad (casi siempre) es básicamente una actividad pública (no hablo aquí tampoco de los procesos de creación, que suelen ser privados), les basta a quienes controlan la difusión y clasificación de los discursos literarios con ciertas estrategias de difusión para hacerse presente ante una minoría de interesados. De un tiempo a esta parte, esta tendencia se ha intensificado: el Estado, principal promotor de las actividades culturales, se convirtió, junto con el mercado editorial, en uno de los mayores administradores del campo literario: creó becas, editoriales, estableció categorías de análisis y clasificación (la mayoría de ellas de índole extraliteraria, como la de jóvenes creadores, que responde más a necesidades burocráticas que críticas), y por cierto también se ocupó de financiar las investigaciones académicas con los criterios que apunté hace unos momentos.

Ante tal panorama, no me queda sino apelar a esa condición heterodoxa del acto de leer. Espero que también sabrán dispensarme la ausencia de conclusiones o fórmulas rígidas. No poseo respuestas, sino más bien dudas e intuiciones, y han sido éstas últimas las que han guiado mi escritura a lo largo de estas páginas. Sócrates le reclama a Ion

la posesión de una ciencia y afirmaba que una misma crítica, para ser válida, debería de servir para juzgar diferentes obras. Y yo sospecho que es a la inversa: la crítica debe alimentarse de nuestras conductas y políticas lectoras, las cuales deben sacarnos del cerco simbólico y seguro de la universidad para lanzarnos a repoblar el espacio público, para revertir reglamentos y censuras, para desacralizar y priorizar comportamientos lúdicos, y nuevas formas de diálogo.

Supongo que me hice lector, o mejor dicho, que confirmé mi vocación –mi vicio- hacia la lectura porque, una vez dentro de esa vorágine de posibilidades lingüísticas e imaginativas, ya no había vuelta atrás. Eso fue lo que causó mayor impacto en mí: la transformación que seguía a las horas de lecturas. No había experimentado nada igual, ni con la televisión ni con la radio. Después de terminar alguna novela, algo quedaba en mi cabeza dando vueltas, y no eran los grandes momentos descritos, ni siquiera los desenlaces sorprendidos, sino las pequeñas partes, esos instantes donde en apariencia todo está quieto, pero ya nada es como había sido antes.

La lectura no es un nunca un acto unidimensional que se ejerce sobre un sólo objeto a la vez. Su dinámica es múltiple y nos involucra de más maneras de las que al principio podríamos imaginar. Sobre todo, nos impele a imaginarnos en un espacio mayor al que habitamos de ordinario. Nos hace reflexionar, explícita o implícitamente, sobre formas de conducta, tanto públicas como privadas, y nos lleva a colocarnos en el lugar del otro: a registrar sensaciones que van desde la empatía o la diferencia hasta la compasión y el convivio, a vivir esas experiencias de cierta manera, aunque no sean las nuestras.

Creo que podría afirmar que la lectura me salvó, me rescató de la absurda inercia de un mundo en franca decadencia, y que me ha salvado de nuevo en estos últimos tiempos de violencia y sinrazón. No puedo afirmar en cambio que ella me ha garantizado la felicidad o el bienestar; sólo puedo confesar que me ha dado la posibilidad de hacer y pensar otras cosas, de confrontarme con todas las contradicciones que me habitan. Pero, créanme, con eso me basta y me sobra.